

P R E S E N T A C I Ó N

El apretado haz de historia que tienes en tus manos, es un conjunto frondoso de la vida religiosa y comunitaria de una ciudad vigilada desde siempre por sus numerosas cruces y veletas desafiantes de todos los vientos y de todos los tiempos. Bajo su amparo, la voz de plata de unas campanas siempre congregando y nunca dispersando.

La iglesia mayor colegial, nació como vocera mayor del sentir de un pueblo que en sus toques y en sus cultos fue siempre la primera y el espejo donde se miraban el resto de las iglesias parroquiales, iglesias menores, ermitas, oratorios etc. Santa María la Mayor de los Reales Alcázares, con su cabildo colegial salvaguardando la fe y las buenas costumbres de un pueblo, fue como un potente faro sobre una loma elevada derramando luz para el caminante de lo infinito y eterno. Santa María fue siempre la meta de una Virgen Chiquita, que caminando entre polvo y barro, quiso y pudo enjugar las lágrimas de unas gentes piadosas y laboriosas.

A corta distancia, separando el caserío de la campiña, San Lorenzo nos muestra aún su airosa espadaña afixiada por la yedra que trepa por sus piedras abandonadas como si quisiera alcanzar metas sólo reservadas a los luceros. San Lorenzo, nido y refugio espiritual de unos caballeros esforzados, capitanes ilustres, condestables de Castilla, comendadores y gentes buenas.

En los confines de una ciudad que estira sus manazas hacia poniente, casi al alcance de la mano de la Torre del Reloj, San Isidro o Santisidoro se alza con el rico botín de la más extensa de las collaciones de Úbeda. De su mole impresionante, fue fiel guardiana la torre más esbelta y bella de la ciudad, vigía fiel de unos derroteros plateados que se pierden más allá de Baeza.

Al mediodía de Úbeda, ya extramuros, con un pié en la Plaza de las Tenerías y otro casi en la Villa Abajo, San Juan Evangelista fue un punto brillante de cara al río grande de Tarik y de Muza, con sus muros románicos y sus recios broncees que hacían madrugar a las gentes de la campiña. San Juan de los Huertos arropado de verdes intensos y de horizontes sin fin.

En el mismo corazón de la ciudad, San Pedro Apóstol se enseñorea agobiado de piedras nobles, de historia y de misticismo. A su vera, el Palacio de Alicún, y a sus espaldas, un monasterio donde Isabel I de Castilla ennobleció sus estancias y sus claustros de encaje. San Pedro, con su Cristo de los Cuatro Clavos y su vinculación antaño a la Primada de Toledo.

En uno de los arrabales más antiguos de Úbeda, justo al saliente, San Juan Bautista tocando casi la Puerta y Torre de Ibiut, llave del camino legendario de Quesada y Tíscar, dos florones perdidos, con cerca y puerta propia por donde unos romeros a caballo cada año pasaban dos veces camino de San Julián de la Puente. Barrio de los Algarabías, los mudéjares ubedíes en cuya collación blasonaron sus moradas linajudos caballeros.

Perdida esta parroquia, vuelve a renacer y esta vez a poniente de Úbeda de cara a un camino santificado por los Recoletos de San Antonio.

En el cogollo mismo del apretado caserío de una ciudad torreada, Santo Domingo de Silos, mitad templo, mitad fortaleza, muestra al viandante la robustez de su vieja fábrica con el artesonado mudéjar, orgullo de un barrio y de un pueblo. Santo Domingo, bastión Mariano donde tuvo su centro la devoción a la Inmaculada con el voto perpetuo de la Ciudad siglos atrás.

Al norte de la vieja ermita de Santa María Coronada, San Nicolás de Bari es uno de los templos más hermosos de la ciudad embellecido antaño con una esbelta torre. La capilla del Deán es por si sola asombrosa con su reja de ensueño y sus hierros blasonados con primor. A su vera, la Fuente del Iruelo, el Huerto del Canónigo y una populosa collación que se extiende más allá de Santa Quiteria sobre el Campillo de Alvar Fáñez.

San Pablo es para nosotros la parroquia más hermosa de Úbeda. Sus piedras están impregnadas de voces que anunciaban las más variadas mercadurías, los olés más apasionados de unas tardes de toros, y los sones dulces de las chirimías los días de regocijo. Paso obligado de Fray Juan de la Cruz y de aquellos Dominicos que ejercieron como nadie la caridad con los reos de la justicia. San Pablo tuvo el gran privilegio de acoger al Concejo de Úbeda para según costumbre inmemorial celebrar sus ayuntamientos en la capilla de San Martín.

Úbeda extiende su caserío hacia levante y aquí se alzó la Merced con sus comendadores y la cercana Plazuela de los Olleros donde se asomaron los muros del camarín de la Soledad. San Millán, que llegó a tutear a la Colegial, extendió su jurisdicción más allá del grandioso Santuario de Madre de Dios del Campo, dando abrigo al más viejo de los oficios de la humanidad. San Millán, historia y laboriosidad.

Santo Tomás, antigua collación donde los Cobos poseyeron su definitiva

morada. Hermoso templo aquel que a espaldas de San Salvador, se asomaba a la campiña fijando su mirada en las aguas limpias del Guadalquivir. Santo Tomás, con su viejo beaterio y su Hospital de San Pedro y San Pablo. De aquí fue parroquiano el famoso don Beltrán de la Cueva, y su famosa "Placeta" da la mano al palacio de los Cobos con sabor de tiempos idos y de grandezas perdidas.

Santo Tomás vuelve a resurgir en el extremo opuesto de la ciudad, estirando el cuello de hierro y ladrillo su torre moderna y funcional.

Santa María del Pilar de Zaragoza, es una parroquia moderna cobijada en una ermita vieja con historia de la buena. Casi ayer mismo nos nació Santa Teresa de Jesús cuya historia dorarán los años. Con ella damos por finalizada esta presentación, comentando la supresión de parroquias y la división de 1842. Finalizamos con las desamortizaciones eclesiales cuyas consecuencias por fortuna quedaron superadas tiempo ha. Adéntrate en las páginas de este libro y desgrana a placer su apretado contenido que esperamos sea de tu agrado.

EL AUTOR